

AÑO XVIII.—NÚM. 5534.

15 DE NOVIEMBRE DE 1879.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 15 de Noviembre de 1879.

REBUSCO HISTÓRICO.

EL OROSPEDA, LA AURARIOLA
Y EL PRIMER REY GODO.

El primer rey Godo.

Admirase mi ilustrado amigo el Sr. D. Andrés Baquero, de que un inciso suyo, modestamente deslizado, según él, haya dado lugar de mi parte para un artículo de cuatro columnas. Mayor es mi admiración cuando le veo prescindir por completo de mis argumentos; y que en vez de rebatirlos, pero formándose la ilusion de haberlo hecho, se revuelva de nuevo sobre su tesis, si bien por distinto camino, por el cual viene sin pensarlo á dar en el precipicio.

Es claro: cuando se escribe sin examen, ni otro libro de consulta que, siempre, la misma cartilla; contra este sistema que es el verdaderamente *socorrido* no hay argumentos, ni razones, ni demostraciones prácticas posibles. Mis teorías podrán ser gastadas, como el Sr. Baquero quiere; pero las teorías se rebaten con teorías; los argumentos con argumentos; y es lo cierto que los míos han tenido la fortuna de quedar en pié en el punto que tratan sobre el tema que sirve de epígrafe á este artículo.

Mi estimado contrincante queriendo hacer ver de que Leovigildo fué el primer rey goda de España, remontóse, nada ménos que á Wala que servi y tenia por amo al emperador Honorio. Replíqueme yo, si puede asegurar lo mismo de Eurico, entre quienes corre un espacio de ochenta años. Hícele ver las conquistas de este príncipe, la manera de que se hizo dueño de la España, excepto la Galicia; su actitud y porte soberano, dictando é imponiendo leyes á la nacion que él habia subido formarse con el esfuerzo de sus legiones, su poderío como rey, ante quien vemos mendigar la paz á las águilas romanas; y á todo esto satisfice con un requerimiento de confesion de mi parte, de que hasta Leovigildo no perdieron los suevos el reino de Galicia, ni fueron arrojados para siempre de Andalucía y Murcia los imperiales; [de Cartagena querrá decir, porque su ciudad natal todavía no era conocida en la historia.]

Si no fuera más que la conquista de la Galicia, asunto concluido; pero en cuanto á que los godos fueran arrojados para siempre, ni aun por entonces, de Andalucía y de estas fronteras, lo veremos despues. Acuérdese de ahora para luego que viene

sosteniendo de que la toma de Cartagena por los godos no sucedió hasta los tiempos de Suintila.

Mientras tanto quisiera me contestára á las siguientes objeciones. ¿Es que Eurico, por que dejó de poseer una parte de la España; habia de ser menos rey que Leovigildo, poseyéndola toda? Por este criterio, tampoco deberemos considerar al vencedor del *Orospeda* como el primer monarca, sabiendo que no estaba en sus dominios la costa desde Cartagena á Málaga y algunas plazas de la Lusitania que poseian todavía los orientales. Si la soberanía de las naciones hemos de mirarla bajo de términos tan absolutos, entonces tendremos que convenir en que el primer rey de España entre los godos, no pudo ser otro que Suintila; pues que solo hasta él no se vió libre la nacion de presidios extranjeros.

Yo no creo que Felipe IV fuera menos soberano de ella desde la pérdida de Portugal. Tampoco que lo sean sus sucesores desde Felipe V hasta nuestro actual monarca, porque enclavado en sus dominios (fuerza es decirlo) haya ondeado, y siga ondeando al viento un pabellon extranjero.

Siento que mi amigo Baquero me haya traído, sin quererlo seguramente, á tener que evocar tales ejemplos. Menos doloroso me fuera haber de aceptar por primer rey á Leovigildo, confesándome vencido en la contienda, que tener que dar-me á tan amargas comparaciones. Triste ello es pero preciso.

El señor Baquero vuelve argüirme con que ningun rey hasta Leovigildo uso de insignias y vestiduras reales, apoyándose ahora en un texto de San Isidoro, con lo cual nada nuevo viene á decir, ni le cita añade mayor fuerza al argumento. Nuestro ilustre paisano dice lo que todos sabemos, de que aquel monarca fué el primero entre los godos que usó de tales atributos de la magestad; pero justo vuelve á decirle, será bastante para no reconocer el imperio sino bajo el cetro y la corona? De admitirlo así, no sé como entenderíamos la soberanía de los reyes de Roma hasta Tarquino el antiguo que fué el primer que usó del cetro.

Los reyes godos, según Masdeu cuando entraron en España no usaban trono ni corona, ni vestidura propia que los distinguiese de los demás, pensando que la igualdad exterior les habia de conciliar, más que otra cosa alguna, la aficion de los súbditos. Es así, continúa el mismo historiador, que entre iguales se enciende más fácilmente el amor; pero el pueblo bajo, que se deja arrastrar de las apariencias, necesita de aparato material para concebir el respeto, que debemos á quien nos manda, y no trocar el amor en con-

fianza; y aun esta de allí á poco en insolencia y descomedimiento.

Tales parecen ser los motivos que indujeron á Leovigildo á adoptar los atributos y vestiduras reales. Ya vé mi ilustrado contrincante, como ni la corona, ni el cetro que la pontifica puso en la cabeza y manos de Leovigildo, pudieron darle por sí mayor autoridad que la que tuvieron sus nueve inmediatos antecesores desde Eurico, primero que dejó de ser tributario. El rey fúrida no hizo otra cosa, al revestirse de las insignias reales, que copiar de los soberanos de Oriente, como de ellos habia tomado ya Alarico el título de *Nuestro Señor* y Gunderico la ceremonia de uegirse.

En cuanto á que Leovigildo haya sido tambien el primero de los reyes godos que acuñó moneda con su busto y nombre, yo no sé si las de sus antecesores estarían adornadas de tales distintivos; solo puedo decir que antes que las de aquel monarca coronado están las de Liuva I, su hermano, de quien las hay del primer año de su reinado (567); y aun de más antes una de Aguilá, de oro, y otra de Amalarico, de plata, las cuales formaban no ha muchos años parte del rico monetario de la Real Academia de la Historia. El infante D. Gabriel, se dice tenia una de Ataúlfo.

De modo que ni este último recurso queda al Sr. Baquero para poder mantener á flote su proposicion, en un punto en que todo los vientos le son contrarios, á no ser que quiera pararse en el dicho vulgar de que *al rey se conoce por la moneda*. ¡Por qué rumbo pretenderá ahora llevar el batel!

Hay en las teorías del Sr. Baquero algo de singular y de extraño, que no me explico, partiendo de un lucido criterio, cual en él me conozco; y tan ilustrado como manifiesto ser en lo general de sus escritos, que leo siempre con mucho gusto.

Digo esto, por que yo no sé que la autoridad real haya sido menos positiva en aquellos que la perdieron en los azares de la fortuna, por las derrotas en los campos de batalla, ó por el destronamiento; ya que para sostenerla hayan tenido que recurrir al auxilio de extraño brazo. Si Alarico fué derrotado por Clodoveo; si Gesaláico, destronado por los astrogodos, si Amalarico, muerto por Childeberto; y si á Atanagildo se le vé implorar, la ayuda de Fustiniano para asegurarse en su trono; á Alarico, nadie podrá negarle el imperio de España y de las Galias hasta el momento mismo de sucumbir al golpe de lanza del fundador de la monarquía francesa; Gesaláico rey fué hasta su derrota por Iban en los campos de Barcelona; lo mismo que Amalarico en la batalla que perdió

con el cetro cerca de Narbona; y Atanagildo tan soberano fué de España, trayendo por auxiliares para escalar el trono á las armas del imperio, como luchando contra ellas para despojarle de lo que en pago de su ayuda le habia cedido. De otro modo, y juzgando por el extraño criterio del Sr. Baquero en este punto, tendríamos que borrar de la cronología de nuestros reyes á Liuva II y Witerico, que murieron á manos del pueblo; á Witiza, D. Rodrigo y Pedro de Castilla, destronados y muertos tambien; á Suintila y Wamba, compelidos á abdicar la corona y á D. Alfonso VIII y D. Bermudo que derrotados fueron por sus enemigos en Alarcos y en Tamara.

Voy á concluir; pero antes quiero aclarar un punto muy importante al interés de esta última parte de mi contienda con el Sr. Baquero. Há dicho mi amigo, que nadie antes de Leovigildo poseyó entera la península, y esto, permitame le diga, no se aviene con la exactitud histórica. Despues de aquel monarca vemos á Witerico en guerra contra los imperiales, que desde las cesiones de Atanagildo mantenían presidios á lo largo de la costa desde Cartagena á Málaga, y en la Lusitania; bajo el mando de un general con título de *Comes Hispaniarum*, (Condé de las Españas); á Sisebuto pactando paces con el general del imperio Cesáreo Patricio, despues de haber vencido dos veces á sus tropas; (1) y últimamente á Suintila, arrojándolas de los últimos atrincheramientos que aun conservaban por la parte de Andalucía y de Lusitania!

La lápida de Comencio lo atestiguan cuando está con caracteres indelibles, que en los tiempos de Leovigildo, Cartagena brillaba con deslumbrador esplendor, bajo el gobierno de aquel célebre patricio del imperio. El P. Mariano padeó grande error al decir que la salida de Cartagena de su obispo Liciniano, lo fué huyendo de la rabia del Rey. Escribiera más bien del arrianismo, cuyas doctrinas inficionaron á sus pueblos y á los que estaban de parte de los bizantinos, y en esto estaría en lo cierto.

Satisfecho en esta parte lo que reclamado ha la verdad de los hechos, hago punto aquí á la presente discusión, y alzo la pluma para llevarla á otra no menos curiosa que pendiente tengo con mi ilustrado amigo el Sr. D. Andrés Baquero-Almansa

MANUEL GONZALEZ.

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA.
Lorca, y Noviembre 8.

¡Loor, gloria en todos los siglos al front-

(1) En el trascurso de estos reinados es donde yo tengo por cierta la destrucción de Cartagena por los godos.